



IOM HASHOÁ VE HAGVURÁ

El 27 de Nisan conmemoramos Iom HaShoá ve Hagvurá, el día del Holocausto y del Heroísmo Judío, evocando la muerte de más de seis millones de judíos en la zona de Europa que fuera ocupada por los nazis.

Quizás nos sea demasiado difícil dimensionar lo que significa tamaña atrocidad. Seis millones de inocentes que murieron por el sólo hecho de “ser judíos”.

Recuerdo a lo largo de los años sentirme un privilegiado al haber podido escuchar los testimonios de diferentes sobrevivientes que contaban lo que habían vivido, con lágrimas en sus ojos, con el único objetivo de transmitir la historia a la próxima generación. Somos la última generación que va a escuchar la verdadera historia de la Shoá en primera persona. Dentro de algunos años, ésta pasará a formar parte de los libros de Historia, y allí es cuando más que nunca debemos cumplir con nuestro mandato de “contar la historia”, la verdadera (ya que todavía, algunos se empeñan en decir que la Shoá nunca existió).

Porque en la Shoá no murieron seis millones de judíos, sino que murieron sus mundos, sus ilusiones, su futuro, su descendencia y sus sueños. En la Shora murieron muchos más.

Recuerdo como hoy, escuchar en Israel por dos minutos una sirena que recordaba este trágico suceso, de norte a sur del país. Un sonido paralizante que hacía que toda persona se estremezca en una mezcla de respeto, tristeza y recuerdo.

El primer genocidio en la literatura bíblica está precedido del silencio, ese mismo silencio que no da respuestas a la pregunta del por qué a la Shoá. Ya que Caín mató a Abel, y la Torá nos dice:

“Y le dijo Cain a Abel su hermano... y cuando estaban en el campo se levantó Cain hacia Abel y lo mató” (Gen. 4:8)

Los puntos suspensivos son la clave para intentar dilucidar qué fue lo que sucedió allí, sin embargo, hay un silencio en el texto. ¿Qué le dijo Caín a Abel antes de matarlo? No lo sabemos. Pero podemos aprender que ante la matanza NO hay palabras. Ni antes, ni después. No hay palabras que puedan explicar lo inexplicable.

Sin embargo, no podemos dejar que el silencio nos venza. Porque tenemos una obligación con los que murieron al igual con los que sobrevivieron, CONTAR LA HISTORIA.

Elie Wiesel, sobreviviente de los campos de concentración nazis, dijo:

“...Hoy como hoy, ser judío es testimoniar. Ser testigo de lo que es y de lo que no se es más.

La idea de que cada uno de nosotros, está habilitado para hablar en nombre de todos nunca ha sido más verdadera que ahora.

Salvo que ahora cada judío habla también en nombre de los judíos que ya no existen.

¿Demasiado difícil? Ser judío es buscar lo difícil y enseguida sobrepasarlo.

Se puede atestiguar con felicidad, evocando el renacimiento de Israel, o con ira, recordando las cenizas de la Shoá; lo que cuenta es la voz que da al testimonio su valor humano, si no durable.

Lo que cuenta también es la actitud interior que se tiene hacia lo que se trasmite.

Por mi parte, ningún testimonio me parece válido a menos que el testigo se identifique con él...”

Hoy, todos sobrevivimos de alguna manera la Shoá, por eso no tenemos opción, nuestro compromiso es mantener viva la memoria de los que no están. Por ellos, por nosotros, y por los que vendrán.

NUNCA MÁS.

Rabino Marcelo Bater
Comunidad Dor Jadash, Buenos Aires, Argentina

